

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

Mesa revuelta

Ha dicho Pi y Margall:

«El trabajador fué primero esclavo, después siervo, más tarde jornalero.»

«Cuando esclavo, se le consideró nacido para la esclavitud; cuando siervo, para la servidumbre; cuando jornalero, para el servicio del capital á cuyas órdenes sigue. La razón ha sido siempre la misma, la inferioridad de su entendimiento, la circunstancia de parecer más propio para ejercer las fuerzas del cuerpo que las del espíritu. A pesar de este falso argumento, ha subido de esclavo á jornalero. ¿Cómo dudar de que mañana llegue al rango de copartícipe y se iguale con los que hoy le explotan? Se ha visto ya que, dada la equivalencia de funciones y de talentos, no cabe, en justicia, conceder supremacía alguna ni á la ciencia sobre las artes ni á las artes sobre la ciencia.»

«¿Cuándo se verificarán éstas y las demás reformas?, lo ignoro. Por lejano que esté el ideal, conviene hacerlo brillar de continuo á los ojos de las gentes, para que sirva de faro en las presentes borrascas; sobre todo, para que, viéndolo, se resuelvan nuestros legisladores á salir de la trillada senda por que caminan, y llevar por otros rumbos la reforma de sus anticuados códigos y de sus viejas leyes. El derecho civil es hoy el derecho de la propiedad y de la usura; en sus páginas es donde ha de hacerse la revolución por que suspiramos.»

«¡Lástima que tan frecuentemente lo olviden los partidos populares!»

«Con que al corregirse el Código se partiera de que el trabajo es condición de toda propiedad, se modificaría profundamente la organización de nuestras sociedades y la manera de ser de las naciones.»

Conformes con que el jornalero se emancipará y «no se igualará con los que hoy le explotan», sino que hará más, conquistará su parte en el patrimonio universal y producirá la igualdad social.

Verdad es también que «el derecho civil es hoy el derecho de propiedad y de usura»; por eso hemos afirmado y demostrado los anarquistas que, á pesar de las afirmaciones de derecho contenidas en las Constituciones políticas, el título de ciudadano radical, no en el empadronamiento general de los individuos, ni en el Censo electoral, sino en el Registro de la Propiedad.

En la moderna democracia, aunque todos se llamen ciudadanos, la verdad es que los derechos políticos sólo tienen eficacia desde propietario minúsculo hasta millonario.

Pero no puede admitirse que baste con «hacer la revolución en el Código», aunque la injusticia propietaria se halle en él legalizada; es necesario algo más en consonancia con estos pensamientos:

«Toda ley que expresa la voluntad de un individuo, de muchos, hasta de todos, es un acto arbitrario, no una manifestación de la razón. Cualquiera que sea el número de las voluntades, no obligan según el derecho; no hacen más que imponer la sumisión por la fuerza.»—Luis de Potter.

«Hacer leyes es la característica de la ignorancia. Las leyes se descubren; cuando son conocidas se les aplica. Todo entonces es administración.»—Colins.

De conformidad con el criterio de esos dos sociólogos belgas, y en contradicción con la afirmación anterior, ha dicho el mismo Pi y Margall:

«Una ley no es más que un juicio, y si es ó no este juicio injusto, sólo mi ley moral es capaz de decidirlo. El derecho, lo mismo que el deber, ó no existe ó existe dentro de mí mismo.»

La consecuencia racional ha de ser, pues, contraria á la conservación del Código, reformado y todo.

Bajo el título de «Los hombres de bien» ha escrito Paul Lafargue en *L'Humanité*:

«Un millón, se dice y se escribe pronto; pero es largo de contar y más aún de ganar. ¿Cuánto habrán trabajado los millonarios! Calcúlese que un obrero ideal, sin gastar un céntimo en comer, habitar, vestirse ni en ninguna otra cosa, ganando dos mil francos anuales, habría de trabajar quinientos años seguidos para ganar un millón.»

«Viendo esto imposible, porque no hay Matusalén que viva cinco siglos trabajando sin comer, beber, vestir ni descansar, ¿cómo poseen millones los hombres de bien?»

«La riqueza y la propiedad son el fruto del trabajo, dicen las gentes, y es verdad; pero los hombres de bien no han ganado sus millones trabajando.»

«¿Pues cómo?»

«La cosa es sencilla como una verdad de Perogrullo: hacen trabajar miles de asalariados y les despojan del fruto de su trabajo. La propiedad es verdaderamente eso, el fruto del trabajo, pero su posesión no corresponde al trabajador, sino al usurpador, gracias al Estado, la ley, la patria, la religión de nuestros padres, etc.»

Una mujer de bien y un hombre de bien son, pues, una pareja de usurpadores que crían herederos para que la casta no se acabe ni la usurpación tampoco.

Veamos ahora un poco por encima la condición de esos que ganan millones para los hombres de bien.

Dice Novicov:

«Para reparar las pérdidas diarias de su organismo, el hombre necesita absorber 21 gramos de azoe y 310 gramos de carbono, substancias contenidas en 300 gramos de carne, 1 kilo de pan y 200 gramos de legumbres y verdura. Esa ración completa, con los accesorios indispensables (condimento y cocción) cuesta actualmente en los países de la Europa occidental, 2'50 pesetas por término medio. La estadística prueba que en Francia, por ejemplo, de cada diez individuos ocho no disponen diariamente de esa cantidad, y, por tanto, ¡las cuatro quintas partes de los franceses padecen hambre! Esto sin contar habitación, vestido, instrucción ni recreo, cuya consideración se deja al lector.»

«Si tal es la situación de una de las naciones más ricas de la tierra, de las que han pasado ya el puente republicano, júzguese cuál será la de las naciones más pobres, y que no han pasado todavía el puente, que son las más numerosas.»

A propósito de este asunto, un reputado economista, Leroy-Beaulieu, que no será recusado por exageración revolucionaria, dice que hay en Francia 200 000 obreras que ganan menos de 50 céntimos. Hay mujeres empleadas en oficios singularmente insanos, intoxicadas por la nicotina, por el arsénico, por las sales de plomo, etc., que no pueden criar sus hijos ó les transmiten con la leche infecciones morbosas; otras son víctimas de perturbaciones y desórdenes fisiológicos que comprometen su vida y la de sus hijos, de lo cual resulta una mortalidad que alcanza á la cifra horrible de 84 por 100 en los niños de un mes y hasta un 31 por 100 en los niños de un año, siendo en cambio de 20 y de 7 respectivamente en las familias ricas, y de 45 y 19 en la clase media.

Todo, por supuesto, con la mayor libertad, igualdad y fraternidad.

Y para que no se diga que buscamos con preferencia aberraciones sociales en naciones republicanas, diremos que, según datos que tenemos á la vista, en Amberes, Bélgica, monarquía en que domina hace muchos años el partido clerical, las mujeres dedicadas á la costura en blanco, ganan de 3 á 6 céntimos por hora; que en Inglaterra y en Alemania hay un término medio de 30 á 40 por 100 de obreros sin trabajo, sin contar que los que trabajan no están exentos de privaciones y miseria, y que en todo el mundo civilizado los trabajadores, sometidos al jornal, dan al propietario-capitalista, por acesión, los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles de su trabajo, presumiéndose, como dice el Código español, como eco de todos los Códigos del mundo, que «todas las obras, siembras y plantaciones, son hechas por el propietario». Presunción absurda y ridícula, y además culpable de males grandísimos, perpetrados en los pasados siglos, en el presente y en los futuros, hasta que la evolución revolucionaria expropie á los usurpadores y ponga á todo el mundo en posesión libre y franca de la riqueza social.

Ahora bien; si por el hilo se saca el ovillo, para sacar la substancia de esta «mesa revuelta», que alguna tiene, aunque está tan desordenada, reconcentre el lector su pensamiento en su propia situación, vea la salida que puede tener de sus apuros pre-

sentes para alcanzar la vida libre y digna que reclama su naturaleza, y al verse en el fondo de honda sima, frente al más negro porvenir, no escuche promesas de nadie, sino recupere energías, prepare esfuerzos y únase á cuantos, estando en su misma situación, no digan jamás ¡Viva Fulano! y quieran constituir la unión de ayuda mutua para su salvación como individuos, como clase, y en último término, como parte integrante de la humanidad. De lo contrario, deje correr las cosas y muérase como pueda ó espere con paciencia la limosna de un mendrugo ó de un derecho político, y contribuya á alargar la cadena de los siglos en que domina con toda su odiosa pesadumbre el derecho de acesión que nos legaron los romanos, y cuya supresión no consta, siquiera como aspiración utópica, en ningún programa de ninguno de los partidos radicales del mundo, incluso el Programa del Partido Federal, de 22 de Junio de 1894, firmado por Pi y Margall.

La posesión del suelo en Inglaterra

Tratándose de estudiar la posesión del suelo, quien dice Inglaterra, salvo accesorios de detalle, dice todas las naciones, chicas ó grandes, desde Andorra con 452 kilómetros cuadrados y 6,000 habitantes, hasta Rusia con 22.479,600 k. c. y 128 800,000 h.

Según una estadística publicada recientemente, se ha comprobado que en estos últimos veinte años se ha dado una extensión considerable á los terrenos de caza en el *Highland*, montañas de Escocia. Esos terrenos alcanzan actualmente una extensión de 500,000 hectáreas.

De modo que para el recreo de los ricos, de quienes dijo Tomás de Aquino y León XIII que no son ricos sino administradores de los pobres, muchos miles de hombres han tenido que abandonar la tierra y ceder el puesto á las liebres y á los ciervos, para que los lords propietarios que leen constantemente la Biblia y saben que Cristo ha profetizado que siempre habrá pobres en el mundo, entretengan sus ocios matando por deporte y sin necesidad pacíficos animales.

Es sabido que los montañeses de Escocia forman lo más escogido del ejército inglés, y que en campañas suscitadas por la rabia conquistadora de los hombres de Estado, por su codicia y por la de los capitalistas agiotistas, han arriesgado su vida en innumerables batallas en Crimea, en las Indias y en Africa.

La generosa y patriótica aristocracia inglesa recompensa á sus soldados arrojándoles con sus familias del suelo donde sus antepasados habían fijado su domicilio y trabajado durante tantos años.

Hubo un tiempo en que el suelo inglés era propiedad colectiva, pero entonces no había ejército permanente, ni cuerpo de policía, ni bandas de obreros sin trabajo, ni ladrones, ni aduanas, ni cárceles.

Verdad es que en aquella época los trabajadores ingleses no habían de sostener una flota de acorazados que cuesta mil millones de francos anuales, ni que pagar los intereses de una deuda pública que se eleva á veinte mil millones. Los gastos de las guerras incumbían á los propietarios territoriales y los gastos públicos se pagaban con la renta de la tierra. El país se llamaba entonces *Merry England*, la Alegre Inglaterra.

¿Qué se hicieron los bellos días de aquella Alegre Inglaterra? Verdad es que según el texto de su Constitución, el suelo es propiedad de la Corona en representación de los derechos del pueblo; pero eso no es más que una frase escrita en la Constitución, porque en realidad las nueve décimas partes del pueblo inglés tienen tanto derecho al suelo de la patria como al de la luna. La propiedad pública, hace doscientos años, era de 10 millones de acres (unas 4.123,230 hectáreas), de que se han apropiado poco á poco unos nobles usurpadores. Y los impuestos que había de pagar la tierra se han cargado sobre el vino, la cerveza, el te, el tabaco, etc. Conviene, dirá la severa y pudibunda Albión, preservar al pueblo de los males causados por la comida demasiado buena y la intemperancia.

Actualmente más de la mitad del suelo inglés está poseído por 2,250 familias y la otra mitad escasa queda para los demás ingleses. No se olvide que Inglaterra consta de 43 millones de habitantes.

A 20 kilómetros S. O. de Londres, cerca de Surbiton, no se ven más que pastos, jardines de recreo, parques y plantíos improductivos cercados. Cerca de la ciudad mayor del mundo, el suelo más fértil está, por decirlo así, inutilizado, y frutas, legumbres y verduras vienen del extranjero. Y en esa ciudad de seis millones de habitantes hay honorables y sabias comisiones que se rompen la cabeza para resolver la cuestión de los «sin-trabajo».

Hace algunos siglos que una reina de Inglate-

rra dió á uno de sus favoritos un trozo de tierra á las puertas del Londres de entonces. Después, uno de los más ricos barrios de la Metrópoli se ha elevado sobre aquel solar y hoy produce anualmente un porción de millones. El poseedor actual es uno de los descendientes de aquel favorito que llegó á ser un gran propietario por haber besado una augusta mano.

Los propietarios territoriales ingleses son hartos prudentes para vender aquellas de sus tierras cuyos precios aumentan sin cesar. Saben muy bien que su posesión les asegura, sin esfuerzo intelectual ni físico de su parte, bienestar y lujo: el pueblo, impulsado por la necesidad que le embrutece, ¿no trabaja para asegurarles ese bienestar y ese lujo?

La mayor parte del suelo de esa inmensa ciudad londinense pertenece en propiedad á algunas viejas familias aristocráticas, que alquilan sus terrenos temporalmente á empresarios que se comprometen á construir casas ó edificios apropiados á los terrenos.

El empresario paga una cantidad anual, y trata naturalmente de obtener el mayor beneficio posible de la situación que se le ha impuesto, porque al terminar el arrendamiento, terreno y construcción quedan para el propietario sin la menor indemnización al empresario, quien se tendrá por dichoso si la renta que ha de pagar le ha permitido habitar la casa que ha construido.

Con tal sistema se comprende la suerte que espera á los inquilinos, pero de todos modos lo cierto es que el propietario está á cubierto de toda pérdida: es absolutamente irresponsable y su único trabajo para embolsarse la renta del suelo consiste en dar recibo, y aun la mayor parte ni eso siquiera, porque tienen un agente que se entienda con los inquilinos-esclavos.

A ese noble holgazán no pueden faltarle las rentas. No importa que con viento, lluvia, niebla, frío ó calor vayan por las calles tiernas criaturas vendiendo flores ó periódicos, ni que jóvenes enfermizas pasen catorce horas diarias pegando cartones, ni que viudas, huérfanos y ancianos carezcan de pan y hayan de mendigar, ni que muchos mueran literalmente de hambre.

Y esto es posible en una sociedad que pretende importar la civilización á los pueblos salvajes; en una sociedad donde los sabios con patente de la ciencia oficial examinan cuidadosamente los tubos digestivos de los insectos, y donde almas caritativas llevan el amor de la humanidad hasta á fundar sociedades para la protección de los perros y de los gatos abarboardados.

¡Oh, sí! Es un hecho que todo policeman ha comprobado personalmente en Londres: en las calles de aquella ciudad que se precia de ser la más rica del mundo, donde abundan los víveres y las golosinas, hay hombres que disputan á los perros la rebueta de huesos y mendrugos en los montones de basura y caen y mueren de inanición.

¿Quién es responsable de esos crímenes de lesa humanidad? Nadie.

Son frutos naturales de toda maldita organización social basada sobre la propiedad individual de la tierra.

Hacer de la tierra una propiedad individual, privar á sus semejantes del derecho igual de la explotación del suelo, dice Spencer en *Social Statics*, es un crimen abominable que iguala al de quitar la vida y la libertad personal.

El origen de esta organización y sus resultados prueban que tenía razón.

¿Quiénes son esos lords ilustres que poseen casi toda Inglaterra y á quienes trabajadores é inquilinos esclavos deben someterse sopena de ser expulsados del país de sus padres: «Son acaso los prudentes, los sabios, los inventores, los poetas, los pensadores, y constituyen la gloria, la grandeza y la riqueza de Inglaterra? No. Son holgazanes é ignorantes en su mayor parte, descendientes de caballeros bandidos y usureros, de prostitutas y de perversos á quienes los reyes, por viles servicios, autorizaron á apoderarse del suelo que pertenecía al pueblo. Y esas gentes dictan leyes al «libre» pueblo inglés.»

¿Qué pensar de esos escritores que celebran en frases altisonantes la «libre Inglaterra»? ¿Dónde está la libertad de ese pueblo que paga tan caro el permiso de vivir en la miseria!

Todo el que se ve privado de su derecho al suelo en que nació y en que vive es esclavo.

Todo pensador ha de reconocer como verdad incontestable que todos los hombres tienen derechos iguales al suelo, que no es obra de ningún hombre y cuyo valor le es dado por la existencia común.

Según la justicia más elemental, el hijo del infeliz nacido en una guardilla de Londres tiene tanto derecho al suelo como el del noble más empingorotado.

Reconozca y proclame de una vez el pueblo esta verdad: La tierra es de todos.

G. BUSCHER

Entre un gobierno tirano y un pueblo que lo consiente, hay una solidaridad vergonzosa.

VICTOR HUCC.